

HORA TERTIA IN PASSIONE DNI. NOSTRI JESU-CHRISTI

## DEL PRETORIO AL GOLGOTA

Por ELOY SORIANO. PRESBITERO.

### Jesús condenado a muerte

Pilato..., Cristo, divina estatua de dolor.  
Todo su cuerpo, roto, es una inmensa herida  
por donde, gota a Gota, va dejando la Vida  
con que paga el rescate del pobre pecador.

—¡Ved aquí vuestro rey!—ha gritado el pretor.

—¡Crucifícale!—ruge la turba enloquecida.

Y en la ciudad retumba este clamor suicida:

—¡Sólo Tiberio César es nuestro rey y señor!

Pilato mira a Cristo. Siente piedad. Vacila.  
Le espanta la perfidia judaica, que destila  
amenazas... Teme a César, su ira, los lejanos  
destierros... Vuelve al pretorio. Signa la sentencia  
de muerte... Y si primero se lavó las manos,  
mejor hubiera sido lavarse la conciencia.

### Jesús cargado con la cruz

En hábito de rey, rey de dolores,  
—túnica vil, corona de tortura—  
por la trágica Vía de la Amargura  
sangrando va el Amor de los Amores.

Sus hombros rotos, cual violáceas flores  
palpitantes, crujen bajo la dura  
carga del leño santo que fulgura  
entre lanzas, injurias y colores.

Hijos de Adán, de un árbol cosechamos  
la herencia de maldades que, siniestra,  
sobre los hombros del Señor cargamos.

Divino Redentor, que así te muestras  
Víctima y Guía a la vez, haz que sepamos  
llevar la cruz de las angustias nuestras.

### Jesús cae con la cruz

Vibra el clarín. La plebe se enardece.  
Su ágil corcel el Centurión refrena.  
Cristo vacila. Una infinita pena  
tiembla en sus ojos. La congoja crece.

La sed devoradora le enloquece.  
Un alarido de furor resuena,  
y el Mártir cae sobre la fulva arena  
de la ingrata ciudad que le escarnece.

¿Y quién contra la tierra—cual gusano  
de oprobios—aplata a todo un Dios?

Es el pecado, la sentencia triste  
de proscripción contra el linaje humano.

¡Y cuántas veces olvidé, Señor,  
que por que yo me alzara Tú caíste!

### La Virgen encuentra a Jesús

El rastro de rubies que habían marcado  
los pies sangrantes del Señor, María  
llorando sigue.. Toda su alma hervía  
en ansias de morir con su Hijo amado.

Por fin lo encuentra... El odio, el despiadado  
ludibrio de la chusma desafía.  
Cuando todos lo niegan, Ella ungió  
con un beso aquel rostro deformado.

¡Pobre alma mía sin luz! Mira esa Estrella  
de los mares. No temas los tormentos  
con que el mundo y la vida te torturen.

Virgen y Madre, encontrarás en Ella  
un casto beso que te infunda alientos,  
y unos dedos de seda que te curen.

### El Cirineo

La cruz era de infamia un estigma ominoso,  
suplicio de ladrones. de siervos, de extranjeros.  
Y «ellos» eran muy «puros». Observaban, severos,  
la mosaica limpieza con celo aparatoso.

Ven que el Señor se agota. Un rictus comatoso le asfixia... Quien del peso le alivie por dineros en vano buscan: todos se niegan, agoreros, pues tocar la cruz era cual tocar un leproso.

No es piedad, es la fiebre sangrienta de venganza que teme que la Víctima en el camino muera. Por fin, el de Cirene de su carga aligera los hombros de Jesús..., y el cruel cortejo avanza. ¡Señor, sobre mi carga, dulce luz de esperanza, no de tu cruz un trozo, sino la cruz entera!

### Verónica

Suena aquí un claro nombre, *Berenice*.  
Una bella mujer, rica, mundana;  
de vida desigual, frívola, vana,  
a quien, rendida, la piedad bendice.

Añorando algo nuevo que suavice  
el hastío de vivir, a su ventana  
sale al oír la tempestad cercana,  
el tropel de la turba que maldice.

Ve pasar al Señor... Dulce mirada  
el viejo amor en nuevo amor le troca.  
A la calle se lanza. La enlodada  
sangre divina enjuga como loca...

Y la sagrada Faz queda estampada  
en el lienzo fragante de su toca.

### Jesús cae por segunda vez

La sangre de las bárbaras espinas  
anubla del Señor los dulces ojos,  
y entre sus párpados turgentes, rojos,  
fulge un iris de lágrimas divinas.

Sobre el duro madero aquellas finas  
manos se crispan; los pies torpes, flojos,  
no le sostienen ya... Cae cual despojos  
del hombre pecador, que yace en ruínas.

Cristo cayó otra vez porque El quería,  
y, queriendo, se alzaba en las veredas  
del sufrir. El su gracia te envía  
cuando en abismos de la culpa ruedas.  
Mas teme que en algún funesto día  
te quieras levantar, y ya no puedas.

### Mujeres de Jerusalén

Unas pobres mujeres condolidas,  
cerca de Cristo, con profundo duelo  
le ofrecen su limosna de consuelo  
en suspiros y lágrimas sumidas.

—«Mejor es que lloreis por vuestras vidas  
y las de vuestros hijos. Pronto el cielo  
hará que el infortunio tienda el vuelo  
sobre este ciego pueblo de deicidas».

Así dijo el Señor. Hoy las naciones  
por la suerte del mundo se conmueven.

Es deber de cristianos corazones.

Y también evitar que se renueven  
más ráfagas de utópicas pasiones  
que al supremo desastre el mundo lleven.

### Tercera caída

Ya el Calvario a la vista. Habían dejado  
muy lejos la ciudad. Brama la gente  
venteando el torvo y sádico aliciente  
de ver morir al Maestro deshonorado.

Bajo el cielo absoluto, anonadado,  
el horror del vacío infinito, ingente.  
Abandono indecible Cristo siente...  
El hombre le odia, el Padre lo ha olvidado.

Con el alma y la carne desgarradas  
cae de nuevo el Señor por vez tercera.  
Marcha el hombre por sendas desoladas  
de mentira y pecado, cual si fuera  
por caminos de flores perfumadas...  
¡Y no teme el vacío de su quimera!

### Jesús llega al Calvario

¡Gólgota! ¡Calaveras!... hosco lugar de olvido,  
de oprobio, de justicia. Todo muerto. Se siente  
vibrar el silbo aciago de la antigua serpiente,  
entre humedad viscosa de osario maldecido.

Hay una calma lúgubre... Y sobre el encendido  
horizonte bronceo la figura silente  
se pinta, blanca y dulce, del Divino Inocente...

¡Hora sexta!... Es la hora de triunfar el Ungido.

Porque Tú siempre triunfas, Señor. Pronto a empe-  
caerás sobre la cruz, do clavarán tus manos. [llones,  
En ella, como un trono, te izarán los sayones.

¡Rey Inmortal de los siglos! Perdona nuestros vanos  
delirios, y haz que en torno a tu cruz los corazones,  
cansados ya de odiarse, se abracen como hermanos.



### SOL DE INVIERNO

El sol de invierno su calor ofrece  
al aterido y árido paisaje.  
A veces blanca nube, entre su encaje  
sutil y vaporoso, lo oscurece.

Mas de nuevo su disco reaparece  
y en la espesa maraña del bosque  
entre la trabazón de su ramaje  
como poma madura resplandece.

En la alegre mañana su reflejo  
lo ví sobre el cristal del claro río  
que es del paisaje encantador espejo.

Y ahora, que ya agoniza en el poniente,  
su postrer resplandor, pálido y frío  
lo veo morir en tu serena frente.

MANUEL MONTERREY

## SIN NINGUNA IMPORTANCIA

Los hombres solemos asociarnos para diversos fines: no todas las veces que debiéramos para obtener un resultado espiritual o cultural; con harta más frecuencia para especulaciones económicas y, sin ninguna clase de dudas, la mayor parte de las veces, para reventarnos los unos a los otros. Sencillamente.

Todos sabemos que el hombre es el bímano de más inclinación a reunirse con sus semejantes. Lo que no hemos podido averiguar todavía es si esta afición tuvo su origen en la necesidad de agruparse para así defender sus intereses con sus naturales enemigos o si más bien lo hizo, llevado de su altruismo, para complementarse en el esfuerzo y duro diario de su vivir. Con menos piadosas intenciones hemos oído decir que su más patente designio ha sido siempre la puesta en práctica de sus naturales instintos de explotación.

Lo mismo nos da; pero es lo cierto que, a través de todas las épocas, el hombre siempre ha buscado al hombre, cuando no a la mujer. De esta forma tan simplista debieron nacer las primeras agrupaciones que serían las bases de los pueblos, rudimentariamente al principio, es claro,

Más tarde, cuando a fuerza de digerir lentejas fué acumulando la mala calidad de su no muy lejano hermano Caín, se arrogó, sin duda, el derecho a administrar, y ya en este plan metió las manos en los bolsillos ajenos, en forma de tributos, y fundó una política y un atisbo de gobierno que empezó a organizarse.

Poseemos recios fundamentos para creer, con nuestros mejores respetos para la clase, puesto que yo mismo descendiendo de ella, que el primer ensayo que se hizo para lanzar al mercado ese producto al que conocemos en nuestros días con el raro nombre de empleomanía fué el maestro de escuela. El cuitado tuvo que pagar bien caro su atrevimiento porque durante infinidad de años su árbol genealógico, maltrecho por toda suerte de monterillas entonces al uso, apenas si asimiló alguna cosa más que los camaleones.

Sin embargo, no se ha llegado a reconocer lo suficientemente su estoicidad y todos los empleados, sobre todo los del estado, le deben un homenaje de gratitud por cuanto que, con su paciente perseverancia y heroísmo, derrotó la repugnancia estatal a mantener a sueldo a clase alguna, no siendo política, por útil que fuera.

Organizada así, en principio, la sociedad humana, sin atarjeas aún y, por consiguiente, con el cólera morbo acechante en todas partes, son muchos lo que siguen creyendo que entonces se debía vivir mejor. De aquellas épocas eran los alcaldes que invitaban a sus convecinos a pedir justicia, si la habían de menester, antes de que se fuesen a arar. Bien claro se ve que aquellos hombres atendían